Domingo 5 junio 2022
El Evangelio de Pentecostés C

Jn 20,19-23

Envía, Señor, tu Espíritu y renueva la faz de la tierra

Siete semanas después de la Pascua, el pueblo de Israel celebraba la llamada «Fiesta de las Semanas», en la cual se ofrecían a Dios las primicias de las cosechas. En ámbito griego se dio a esta fiesta el nombre de «pentecostés» («quincuagésimo» día, se entiende, desde la Pascua), como leemos en el libro de Tobías (sólo en la Biblia griega, LXX): «En la fiesta de Pentecostés, que es la de las santas Siete Semanas, se me hizo una excelente comida y me dispuse a comer» (Tob 2,1). En el tiempo de Jesús los que hablaban griego llamaban a ese día «Pentecostés», como lo hace Lucas (Hech 2,1 y 20,16) y San Pablo (1Cor 16,8). Los cristianos no habríamos reparado en absoluto en esa fiesta si no hubiera ocurrido ese día algo esencial a la fe cristiana: la venida del Espíritu Santo sobre la comunidad de los discípulos de Cristo en Jerusalén. Cuando Jesús ascendió al cielo los había dejado esperando esa venida, con orden de no alejarse de Jerusalén. Ellos eran galileos y, si no hubiera venido sobre ellos el Espíritu Santo, habría regresado cada uno a su casa y la aventura de Jesús habría terminado allí.

La espera duró diez días: «Cuando se cumplió el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse» (Hech 2,1-4).

Lo que significa ese don del Espíritu Santo se puede entender si se examinan las promesas del Espíritu Santo que se leen en el Evangelio de Juan y también el gesto profético que hizo Jesús sobre los apóstoles el mismo día de su resurrección, cuando se presentó a ellos por primera vez, como leemos en el Evangelio de hoy: «“Como el Padre me envió, así los envío Yo”. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Reciban el Espíritu Santo”». La palabra «espíritu» –en griego «pneuma»– significa «viento, emisión de aliento», de manera que la frase de Jesús, que acompaña su gesto de soplar, puede leerse: «Reciban el Soplo santo». Jesús relaciona el don del Espíritu Santo con ese

soplo suyo sobre ellos para que, cuando ocurra, lo reconozcan en esa ráfaga de viento que llenó la casa donde se encontraban.

El Espíritu procede entonces del interior de Jesús. Desde mucho antes de Cristo, desde las primeras palabras de la Biblia, se usaba el concepto de viento para referirse al Espíritu de Dios: «El Espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas» (Gen 1,2). La palabra hebrea «rúaj», que se traduce por «espíritu», también significa «viento». Y ¿por qué sirve el viento para expresar esa realidad divina? El viento es una fuerza invisible e imprevisible que produce efectos. Por eso, se compara con la acción de Dios. La fuerza de que estamos hablando procede de Dios, pero también del interior de Cristo, es su Soplo. Así lo había prometido: «Les he dicho estas cosas estando con ustedes. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi Nombre, Él les enseñará todo y les recordará todo lo que Yo les he dicho» (Jn 14,24-25). El Espíritu Santo será enviado por el Padre. Pero esa cláusula: «En mi Nombre» (se entiende «en mi Persona», la del Hijo), es la que el soplo de Jesús quiere representar. Por eso, nosotros confesamos que el Espíritu Santo «procede del Padre y del Hijo».

Si no hubiera sido enviado el Espíritu Santo, las cosas que Jesús hizo y dijo, estando en el mundo con nosotros, habrían quedado sin comprensión y habrían sido olvidadas. Esto no habría ocurrido, porque las palabras de Jesús hayan sido muy oscuras o en una lengua difícil de entender, sino porque nadie habría tenido experiencia de su cumplimiento, del cumplimiento de esas palabras en sí mismo. El Espíritu Santo es el soplo de Jesús, es el Espíritu de Él, y enseña a los discípulos y les recuerda lo que Jesús dijo y nada propio: «No hablará por su cuenta… Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y lo anunciará a ustedes» (Jn 14,13.14). Jesús continúa: «Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo mío y os lo anunciará a ustedes» (Jn 14,15). Algo no nos calza. ¿Por qué no dice: «Recibirá del Padre y lo anunciará a ustedes»? ¿A qué se refiere Jesús cuando dice: «Lo mío»? Se refiere a lo único que Él puede llamar «mío» en relación al Padre, a saber, su condición de Hijo. Y es esto lo que el Espíritu comunica a nosotros; y lo comunica haciendonos verdaderamente «hijos de Dios».

Nadie lo expresa mejor que San Pablo, porque él lo vivió hasta el punto de decir: «Ya no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20). Es porque en él se cumple esto: «La prueba de que ustedes son hijos es que

Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: "¡Abbá, Padre!"» (Gal 4,6). Nadie llama a Dios «Abbá», sino Jesús y quien ha recibido su Espíritu. El Espíritu de Jesús, recibido del Padre, le ha comunicado «lo de Jesús», es decir, su condición de Hijo. Y, comunicandole la condición de «Hijo», la de Jesús, le concede recordar y hacer propias todas las palabras de Jesús. Recién, a partir de ese momento, puede el discípulo ser un apóstol de Cristo y prolongar su misión de salvación. Por eso, el gesto de Jesús de soplar explica las palabras con que envía a sus discípulos a prolongar su misión de salvación que tiene su origen en Dios: «Como el Padre me envió a mí, así los envío Yo a ustedes». Ese envío no habría alcanzado el objetivo de salvación si no incluyera lo que Jesús: «A quienes ustedes perdonen los pecados les quedan perdonados (obviamente por Dios) y a quienes los retengan les quedan retenidos». Cuando Jesús perdonó los pecados al paralítico y demostró que el perdón se había obtenido mandandole tomar su camilla y caminar, «la gente temió y glorificó a Dios, que había dado tal poder a los hombres» (Mt 9,8), a Jesús y a los apóstoles y sus sucesores hasta hoy.

Todo esto tuvo su cumplimiento el día de Pentecostés. Diez días antes, cuando Jesús dejó visiblemente la escena de este mundo, después de que, ya resucitado, habló a sus apóstoles durante cuarenta días de «lo referente al Reino de Dios» (Hech 1,3), ellos, en cambio, todavía le preguntan: «¿Es ahora cuando vas a restablecer el Reino de Israel?» (Hech 1,6). Si no hubiera venido el Espíritu Santo sobre ellos, ellos habrían permanecido para siempre en ese nivel, nivel puramente terreno. Imploremos que no sea ese el nivel que domine la escena de nuestro mundo y que en este día una nueva efusión del Espíritu de Cristo sobre la Iglesia haga surgir nuevos santos y apóstoles: «Envía, Señor, tu Espíritu y renueva la faz de la tierra».

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles